

## Las mujeres en el cine colombiano

PATRICIA RESTREPO

En Colombia, país de cinematografía naciente y precaria, existen en este momento y en plena actividad siete directoras de cine. Me refiero a aquellas que tienen alguna trayectoria, por escasa que sea, pero que de alguna manera conocemos en el pequeño mundo cinematográfico. Supongo que 'tras bambalinas' habrá otras tantas, o quizás más —ojalá— preparándose para abordar la realización. En este momento pienso en María Paulina Ponce, quien terminó hace poco su primera película de animación en 16 mm. de la cual no puedo afirmar nada porque aún no he conseguido verla. Me limito pues a consignar el hecho.

Pero vamos en orden. Quiero aclarar cuanto antes que solamente me referiré a las mujeres que trabajan como realizadoras puesto que de ampliarme a las demás actividades la lista se haría interminable. En las fichas técnicas tanto de largos como de cortometrajes aparecen nombres femeninos en todos los momentos de la producción. Me gustaría citar los nombres de Sara Libis y de Elsa Vásquez quienes se han destacado por el rigor en su trabajo como anotadoras en varios largometrajes, labor indispensable en una cinematografía como la nuestra en la cual los directores todavía no respetan la más elemental continuidad. También el de Karen Lamassonne quien hizo la dirección artística del largometraje de Luis Ospina "Pura Sangre", todavía en proceso y, quien además había demostrado sus cualidades para este oficio en el cortometraje dirigido por Miguel Torres.

a través de la cancha, en el pleno lugar de nuestra citá. En todo el medio de nosotros si pudiera jugarse con el tiempo o ustedes se aparecieran. Ardoroso amor a la luz tenue de una bombilla, retando al frío, haciéndolo huir porque ni yo ya lo siento. Yo espectador, el mismo espectador de hará quince años; pues la sensación es la misma que ante nuestras aventuras: un placer delicioso que corretea mi ser, juega con mis contornos cual si fuera un viento que me vistiera. Ambos son jóvenes; adivino su primera vez mientras ellos descubren la caricia innombrable, la inventan, le hacen coquitos, febrilmente se revuelcan, halagan a la tierra. No es mi sensación la de un espectador obsceno, no del todo. Además tampoco es plena cuando tengo el palpito feroz de una visita inoportuna: la de un par de peemes que nos pida papeles y nos joda a los tres. Pero eso se queda en hipótesis, y de seguro el frío se ha ido hasta donde ellos a lamerles los uniformes y hacerles más pesados sus bolillos. Y si quieren comprender mejor esta casi-frescura, añádanle a esto lo otro, ustedes recordarán, lo nuestro, la carretera, las aventuras. Recuerden ¿quién contó ésta?, ¿o seguro la hicimos?, ¿fue un intento de tomarnos el día, y sacar la aventura de la pieza y de la noche?: la vez que iban por el monte de Suba, ascendiendo, ascendiendo, metiéndonos por atajos, descubriendo bichitos, contemplando la Sabana, la ciudad humeante, el aeropuerto, el que contara más lagunitas, rebuscara algunas piedras finitas. Fue maravilloso lo que pasó luego entre un claro de tanta mata salvaje, distanciado de todo, tan cerca al cielo limpio —acababa de llover y nos habíamos mojado, ¿no?—. Primero el susto, el miedo de sentirnos intrusos. Pero si eran Adán y Eva, ¿el paraíso? Un hombre generoso, llenas su espalda y su cara de barros; una mujer hecha como ninguna —recuerden que el cabello le llegaba a los tobillos—, linda linda linda, desnuditos. El que no se disgustaba, ella que les pedía hacerle el amor, besarla, acariciarla los tres, y sin exigirnos el nombre ni nada. Tú, Eduardo, casi se le metes por allí, riendo; yo besando como un hijo aquel par de llenos senos, riendo también; Ernesto en las mismas, sintiendo perderse en ese mar de ojos negros como la noche, dijiste —como la pieza, dijimos. El hombre ya no estaba, ella feliz. Cuánto los había esperado, hijos; así dijo, ¿no? Todos felices; el paraíso.

Al otro día amaneciste tosiendo. Ernesto está enfermo. Ernesto se va a morir, dijo con estribillo el padre y mirándote esperó tu sonrisa. Se ha mojado, madre, fue la lluvia, se quejó Eduardo. Fue que hablaron mucho anoche, es mejor que hoy no vaya a la escuela,

intervenía la madre: ¿de qué se reían tanto, ah?, reír de noche es mal agüero. Y nada que querían callarse; si parecía que no estuvieran aquí sino en el infierno —como si no fuera a nosotros que se nos pidiera silencio. Fue un día feo ese, más que todos. No los sostenía vitales la espera de la noche; nos rehuíamos uno del otro. Ahí empezaron los decires de ustedes juzgándola a ella como una sirvienta de Calatrava y a él, el generoso, un sucio obrero de Suba. Malhaya cuando ustedes quisieron averiguar quiénes fueron. Así fue el acabóse, la desbandada, la incomunicación. Ernesto, cómo empezaste a leer sobre sífilis y gonococos. A bañarte con alcohol, Eduardo. Por mí me quedé así. Sintióndola cada vez acariciarme, acariciármelo, pasar sus manos por nuestras melenas revueltas, felices. Lindalindalindalín. Pero hubo que bañarse, hubo que hacerle caso a mamá. Más tarde —la fecha y el lugar ya habían sido escritos ante la inminencia de otro trasteo—, lo descubrí a usted, Ernesto, lavándose el brazo, restregándolo con ceniza y algún detergente fuerte. Entonces fui al zaguán y llorando me estreché al mío, y con tinta reteñí la cita como si mi brazo fuera el tronco salvador del algún náufrago.

La pareja de jóvenes se va, pero no quiere irse y todo el parque sentiría su ausencia. Ella lo viste a él y él a ella. La peina, lo despeina, la risa metiéndose juguetona entre sus cabellos; la caricia siempre a punto, siempre tentando, y ellos dejándola jugar a todo lo ancho y lo hondo de sus cuerpos, a todo lo largo de su espacio inmediato. Al fin se van, las ropas a medio poner porque también la piel va delicada, barnizada de dedos y de labios, erizada de volcanes. Con ellos iban olores y rumores de bosque, mariposas que nos protegían salidas de sus risas como bombas de jabón. Sólo ha quedado el asfalto que para la tierra debe ser una cobija dura, y ese par de huecos esperando las cestas de los jugadores de basket, los golpes a sus aros anunciándoles la mañana y la confirmación diaria de que ellos también deben soportar el castigo por haber pasado la noche de vagos, pues el día es muy avaro y todo se lo cobra a los pobladores de la noche, a la sirvienta y al jardinero o al hombre que trabaje en la rusa. Yo disfruto el quebranto del que han sido protagonistas, sin frío y sin peemes, la fuga, su aventura. No este frío que ha vuelto renovado, y contra el que surge, en mi defensa, el cigarrillo que se había dormido entre mis dedos. El mismo me acerca la cicatriz. "Pasito". El dolor y entusiasmo con que los escribimos me apabullen, "pasito", la certeza de sus incumplimientos se me echa encima. Desde hace cuánto se me había echado. Habría que ver:

Pero antes de hablar de las siete realizadoras que a mi juicio parecen querer continuar una carrera en este campo habría que nombrar a Gabriela Samper, pionera como realizadora, y algunas otras que han pasado por allí —unas con más suerte que otras— pero con el común denominador de no haber realizado sino una película.

El nombre de Gabriela Samper no puede faltar en ninguna evaluación del cine colombiano, mucho menos tratándose de mujeres. Inició su carrera en los años sesenta y dirigió, entre otros, "El hombre de la sal", "Los Santísimos hermanos", "Festival de Fómemeque", "El páramo de Cumanday". Estas son sus más conseguidas realizaciones en las cuales se advierten una grata frescura y total ausencia de pretensiones. Trabajó siempre con un mínimo de recursos, en blanco y negro y 16 mm y sin condiciones para un buen sonido. En "El hombre de la sal", documental poético sobre el último elaborador de sal en tinajas se advierte, además de la sensibilidad y honestidad en el tratamiento, la capacidad de Gabriela para convertir sus limitaciones —por ejemplo malas condiciones de sonido— en posibilidades.

"El páramo de Cumanday", en cambio, de muy buena factura y excelente acabado cae en las pretensiones literarias y aunque su imagen alcanza momentos intensos, el texto en off no enriquece ni apoya, en términos cinematográficos, a la imagen.

Entre aquellas mujeres que han pasado, al parecer fugazmente por el terreno de la dirección, yo hablaría de las siguientes, confiada en que no me falle la memoria:

Julia de Alvarez dirigió en 1970 "un día yo pregunté" cortometraje documental sobre la alienación religiosa apoyado en la canción 'Padre dónde está Dios?' de Atahualpa Yupanki. Tiene la ventaja de no poseer un 'discurso' o texto narrado. Sin embargo no consigue aclarar los intereses ocultos detrás de dicha alienación y resulta un poco desordenado, más aún por los insertos sobre Cuba y Vietnam que, ciertamente, no contribuyen ni a la ampliación ni a la aclaración del tema. Fue destacable en su momento puesto que se inscribía en la corriente del cine marginal la cual aparecía, para esa fecha, como la alternativa más importante y urgente del cine colombiano.

Isadora de Norden realizó un cortometraje, también documental, esta vez en color, sobre el trabajo en la niñez. Esta película que se

llevó a cabo en 1975 sólo logra recortar, limitando a su mínima expresión las posibilidades de un tema tan importante como éste. Se trasluce un desinterés en la elaboración, no queda ni un atisbo de aprecio por el material filmado y está estructurado como cualquier cortometraje de sobreprecio con un texto alambicado que debe entregar la información que la imagen no pudo darnos. A lo largo de la proyección se siente un 'salgamos rápido de esto' que nos produce tanto malestar como debió habérselo producido a quienes estuvieron delante de la cámara. Evidentemente se trataba de 'agarrar pueblo'.

Mónica Silva quien ha participado como actriz en varios cortometrajes, abordó el trabajo de la dirección con un corto argumental sobre una mujer lumpen cuyo elevado grado de miseria la conduce a establecer un excesivo apego por un ataúd —con cadáver incluido— que un buen día aparece abandonado en la puerta de su casa. La película no alcanza a hacer claridad sobre el tema tratado y más bien resulta una anécdota traída de los cabellos en la cual dicha mujer tiene ciertas tendencias necrofílicas. Esto porque la preocupación de Mónica Silva, que parece ser el problema del afecto en la miseria, no está lo suficientemente develado debido a la pobreza del argumento.

"Mea Culpa" es el título del cortometraje de Silvia Mejía realizado mientras estudiaba en la escuela de cine en Londres. Es un trabajo argumental en blanco y negro, audaz, valiente y experimental sobre la enajenación religiosa y la carga erótica que se oculta tras ella. Irreverente y sacrílego deja ver el talento de Silvia Mejía lo cual nos hace esperar que su silencio como realizadora sea solamente una pausa.

María Emma Mejía co-dirigió, también en Londres y en compañía de Carlos Mayolò, un argumento escrito por ella. Es la historia de una joven colombiana quien llega a Londres llena de ilusiones. La dificultad con el idioma, los problemas en el trabajo, la soledad, etc., la van empujando a una crisis de angustia emocional que termina con el suicidio. "Bienvenida a Londres" tiene momentos que transmiten la depresión y el malestar del personaje y, en general, un buen aprovechamiento del lenguaje cinematográfico. Vale decir que su fotografía y sonido son impecables; no ocurre lo mismo con el final, momento en el cual la protagonista se lanza bajo las ruedas del metro, que nos toma por sorpresa. No ha habido un desarrollo dramático previo, suficiente para convencernos del

suicidio. Logra, en todo caso, una permanente atmósfera de opresión y desasosiego perfectamente adecuada al argumento.

Mady Liévano, hija de Gabriela Samper, escribió y dirigió "El Huacán" cortometraje que tiene el mérito de ser una película infantil actuada por y para niños. Posee una fotografía cuidada y muy bien lograda a cargo de Gustavo Umaña y maneja muy bien los elementos que contribuyen a estimular la fantasía infantil como el colorido (recordar el paraguas), el castillo, el miedo con triunfo final etc. Aunque no soy amiga de los calificativos así sin más ni más, podría decir que se trata de un bello cortometraje.

Y para finalizar no puedo dejar de nombrar la película de animación de Magdalena de Massonant que, aunque me resultó algo confusa y desordenada, no deja de hablar de la sensibilidad e imaginación de su realizadora.

#### Y AHORA 'LAS SIETE'

Estas siete realizadoras en plena actividad —como dije al principio— serían: Martha Rodríguez, Camila Loboguerrero, Joyce Durán, Bela Mitrotti, Sara Bright, Eulalia Carrizosa y Patricia Restrepo (es decir yo; esos son los problemas que surgen cuando se es parte y contraparte, es decir, cuando se pertenece a la crítica y la realización. Pero me incluyo en esta lista, no porque la historia del cine nacional corra el riesgo de sufrir con mi ausencia sino porque, respetando la verdad, es cierto. Mejor dicho si me excluyera me sentiría muy mal).

Martha Rodríguez, en compañía de Jorge Silva, se plantea un cine político, marginal y preocupado por las luchas populares. Es la cineasta (entre las mujeres, es claro) de mayor trayectoria. Ha realizado "Planas testimonio de un etnocidio", "Chircales", "Campesinos" y acaba de terminar su primer largometraje.

Su cine es un cine documental antropológico que requiere una amplia investigación —en el terreno— previa al rodaje y, por lo tanto, un acercamiento y conocimiento del tema a tratar.

En "Chircales", por ejemplo, el proceso de filmación resulta de una larga investigación social. Prueba de esto es el grado de participación que alcanza la comunidad en la hechura misma de la película. Son los propios miembros de la comunidad quienes nos na-

rran su situación mientras los directores (Silva-Rodríguez) consiguen universalizar el problema concreto de la familia de chircaleños —la explotación— y trascender ese contexto ubicándolo dentro del marco sociopolítico colombiano.

Camila Loboguerrero, en cambio, está interesada en el argumental al igual que Joyce Durán y Bela Mitrotti aunque sea esta la única característica que las une. Camila ha demostrado cierto manejo del sentido del humor pero me aventuro a decir que padece de ser muy local, es decir, de ser un humor claramente bogotano que podría hacerla caer en el chavinismo. En todo caso, y sobre todo en sus dos últimos cortos —“Debería haber pero no hay” y “Drácula”— ya se siente un control sobre la dramaturgia, la creación de los personajes y el lenguaje. Se observa, también, a lo largo de su carrera cierta madurez conseguida paso a paso lo cual permite intuir que esta realizadora será capaz de mejorar con cada filme. Sin embargo, las películas de Camila no pasan nunca de ser un chiste bien contado puesto que, parece ser que esto es lo que ella se ha propuesto. Queda claro, al menos por ahora, que Camila se preocupa más por el ‘cómo’ que por el ‘qué’. Es más, me atrevería a decir que el ‘qué’ no le interesa cosa de suma gravedad en cualquier manifestación artística. Así que esperemos su largometraje —ya próximo— para ocuparnos de la posible temática de esta directora.

Joyce Durán y Bela Mitrotti, dentro del sobreprecio, han caminado hacia un cine con contenido social’ cuyas mayores características, la ligereza en el tratamiento de sus temas, el manido recurso de los ‘contrastes’ entre los de arriba y los de abajo, la evidencia, hacen que sus cortometrajes sean tan superficiales como impactantes tanto para el público colombiano como para el europeo. Se respira allí una mirada ajena, un afán por lo exótico, un distanciamiento que es en definitiva, un irrespeto. Hay siempre una limitación dentro de lo inmediato y evidente provocada por la ausencia de poesía y por la incapacidad de elevar a un nivel estético la ‘señal’ de sus historias.

Sólo resta hablar de Sara Bright y Eulalia Carrizoza fundadoras de Cine-Mujer. Sus películas son “A primera vista”, “Y su mamá qué hace?” y “Carmen Carrascal”. En este caso su interés por el cine nace a partir de —o simultáneamente con— una necesidad de comunicar y provocar reflexión sobre la realidad de la mujer.

Cinematográficamente parten de la base de la distorsión que ha su-

frido la imagen de la mujer, a lo largo de la historia del cine —sobre todo del norteamericano— para terminar convertida en una serie de estereotipos: la madre abnegada, la prostituta, la vampiresa, la mujer —objeto, dentro de los cuales no cabe la figura de una mujer contradictoria, ambigua y, por lo tanto, humana sin los rasgos de debilidad, dependencia e inseguridad que la han caracterizado siempre. Las películas de Sara y Eulalia son un intento por desmascarar mínimamente algunos de los aspectos que hacen que la mujer permanezca ocupando un lugar secundario en nuestra sociedad.

En "A primera vista" develan la distorsión de la mujer a manos de la publicidad utilizando para ello un personaje 'que no está definido por su estado civil sino por su actividad'. El resultado es ambiguo con respecto a los presupuestos pero queda clara la diametral oposición entre vida cotidiana y publicidad, cosa que esta última niega categóricamente.

En "Y su mamá qué hace?" la reflexión es sobre el trabajo doméstico partiendo de una situación que se da por hecha en nuestra sociedad y que es, por lo tanto, incuestionable. Se apoya para ello en la ironía y en el tono cómico que tiene implícito a cámara rápida. "Carmen Carrascal" es un documental sobre una mujer artesana de la costa quien, por un problema económico a nivel de pura supervivencia, se inventó unos canastos que le valieron un primer premio en Artesanías de Colombia. La película quiere destacar a Carmen como un personaje femenino fuerte con el cual podemos identificarnos las mujeres ya que carecemos de modelos cinematográficos como no sean los débiles engendros del cine en términos generales.

Podemos concluir que dentro de nuestra incipiente cinematografía nacional no existe ni una estética propiamente femenina ni un movimiento de mujeres cineastas con objetivos similares. Existe, en cambio, una serie de búsquedas por caminos diferentes y en ocasiones encontrados que hacen más saludable y positivo el posible desarrollo de nuestro cine.

---

PATRICIA RESTREPO. Crítica, realizadora de cine y directora del cine club de la Universidad Central.